

CELEBRACIÓN DEL TRIDUO PASCUAL

(Dossier bíblico-pastoral)

Este dossier ha sido preparado como una pequeña ayuda para los animadores de las celebraciones del Triduo Pascual, particularmente en un contexto misionero, donde es necesario “masticar” un poco más la Palabra de Dios, con el fin de favorecer auténticas experiencias de Dios.

El dossier está centrado especialmente en las lecturas bíblicas, de las cuales se derivan algunas pistas para preparar las celebraciones, de manera que se puedan “conectar” mejor las dos mesas, la de la Palabra y la de la Eucaristía.

No sobra recordar que el servicio de la Palabra de Dios necesita siempre de un estudio previo y personal de los textos, y que la relectura de los textos en los nuevos contextos vivenciales y celebrativos dependerá en gran parte de las destrezas pastorales del servidor de la Palabra.

P. Fidel Oñoro, cjm
Director del CEBIPAL-CELAM

Introducción general al Triduo Pascual

La intención de la celebración pascual aparece ya anunciada en la segunda lectura de la Eucaristía del Jueves Santo: “Cada vez que comemos de este pan y bebemos de este cáliz, anunciamos la muerte del Señor”.

El triduo pascual se coloca en el centro del año litúrgico por su función de “memorial” (“zikkaron”, en hebreo, o “anámnesis”, en griego) de los eventos que caracterizan la Pascua “cristiana”. La acción litúrgica es “memorial” en cuanto actualiza y permite revivir, en el transcurrir del tiempo, las palabras y los gestos que dieron origen a la comunidad cristiana, a su fe y a su esperanza. Como la comunidad de Israel, también la Iglesia mantiene viva la memoria la misericordia de Dios que “pasa” continuamente por su historia y refunda su existencia como “pueblo de Dios” con base en esta perenne voluntad de reconciliación.

El centro de este “memorial” es la muerte y resurrección de Jesús. En la muerte de Jesús, Dios ha asumido la naturaleza humana hasta la muerte, “hasta la muerte de Cruz”. A través de ella, como lo recuerda el pasaje de la carta a los Hebreos que se proclama el Viernes Santo, Jesús “se convirtió en causa de salvación eterna para todos aquellos que le obedecen”. De hecho, la cruz de Cristo no se puede separar de la resurrección, fundamento de nuestra esperanza. He aquí nuestro futuro: “Sepultados en su muerte, para vivir junto con él”, como se lee en la noche de la Vigilia Pascual.

JUEVES SANTO

1. Pistas para interpretar los textos bíblicos

Primera Lectura: Éxodo 12,1-8.11-14
“Es la Pascua del Señor”

No afrontamos aquí la discusión sobre el origen de la Pascua como fiesta de los nómadas ni sobre el significado etimológico del término. Estamos más bien interesados en la comprensión teológica del rito pascual que se condensa en la categoría de “memorial” (zikkaron). “Memorial” es una acción que se repite y se revive en cada generación. Aquí está la razón por la cual no hubo problemas para adaptar el rito a las nuevas exigencias ni para atribuirle a Moisés algunas prescripciones tardías como lo atestigua la evidente estratificación de los textos bíblicos.

Que la Pascua sea “memorial” significa que Israel deberá tener siempre viva la memoria de la misericordia de Dios sobre su vida y que deberá refundar siempre su propia existencia de pueblo sobre esta inaudita misericordia que ha perdonado al pueblo de Israel y ha golpeado a los egipcios. La Pascua ayuda al pueblo a sostener su esperanza, aún en los momentos más difíciles y a no resignarse nunca frente a la injusticia y la opresión.

Al leer detenidamente el texto del Éxodo, en la primera lectura, se nota cómo no se trata de una simple y árida recopilación de las prescripciones culturales de la cena pascual. No, hay mucho más que eso. Se advierte en todo el texto una gran intensidad (un “pathos”) en la narración. El memorial ritual de la cena es un momento vital que le renueva la esperanza a los que lo celebran, de cara a todas las situaciones de injusticia, de opresión y de muerte que puedan estar viviendo en su coyuntura histórica. La cena refuerza su identidad de “Pueblo”, para no dejarse asimilar por las ideologías opresoras. La urgencia de la “libertad” está siempre en el corazón del pueblo: ***“Lo comerán de esta manera: con la túnica arremangada, con los pies calzados y el bastón en la mano; deberán comerlo de prisa, ¡Porque es la Pascua del Señor!”***.

El rito de la Pascua (que tendrá un posterior desarrollo en los siglos sucesivos hasta alcanzar la forma celebrativa actual) es memorial del pasado, proclamación de un presente vivido en la fe y en la esperanza del futuro. El aspecto de memorial se subraya en la catequesis de la gran “haggadáh” pascual y en la solemne acción de gracias del “Hallel” (Salmos 115 a 118). La dimensión del presente se convierte en fuente de comunión con los otros miembros de la familia y del pueblo. La dimensión de la esperanza se expresa como expectativa ferviente de los últimos tiempos mesiánicos.

Segunda lectura: 1Corintios 11,23-26

“Cada vez que comen de este pan y beben de esta copa, anuncian la muerte del Señor, hasta que vuelva”

En la Iglesia de Corinto los cristianos se reunían para una cena en común, en la cual celebraban también la Eucaristía. Esta cena representaba para ellos un signo eficaz de caridad fraterna, pero frecuentemente se convertían también en lugar de diversos abusos, ya que algunos miembros de la comunidad llegaban y tomaban la mejor parte de la cena, mientras que los más pobres llegaban tarde por causa de su trabajo y quedaban privados de todo. Este es el contexto sobre el cual Pablo introduce su reflexión sobre la Eucaristía y sobre el cual saca consecuencias prácticas para la vida comunitaria.

La finalidad por la cual Pablo recuerda la última Cena y las palabras de la institución de la Eucaristía, en este contexto problemático, es doble:

- Ante todo, para mostrar la grandeza de la entrega de Jesús, en contraste con el egoísmo y la discriminación culpable de la comunidad de Corinto.
- Para exigir, luego, un auténtico respecto al Señor presente en la Eucaristía.

Pablo muestra la entrega total de Jesús en las palabras que pronunció sobre el pan y el vino. El comportamiento de los Corintios va, por lo tanto, en dirección opuesta al significado profundo de la Eucaristía que proclama el amor de Cristo, que se dio completamente a sí mismo. Pablo ahora quiere poner de relieve el valor comunitario de la Cena del Señor, como signo de la unión de todos en la caridad.

La insistencia en la expresión “Hagan esto en Memoria de mí”, que se repite dos veces, quiere establecer una identidad entre lo que Jesús “hace” y lo que la comunidad está llamada a “hacer”, de manera que “Él venga...”. La comunidad continúa el “hacer” de Jesús en la historia y para ello no debe limitarse a repetir los gestos, sino que debe entrar en la misma óptica y en la misma realidad de amor de Jesús. Además, este mandato de “Hagan esto en Memoria de mí”, da por sentado que el gesto realizado por Jesús en aquella noche, se convierte en una institución, es decir, en un acto fundador del culto; un culto que no debe reducirse a un mero ritual, sino que debe promover la praxis de la caridad. No se trata, entonces, de un puro recuerdo, de una simple conmemoración, sino de algo mucho más concreto. Es un gesto repetido periódicamente, que representa eficazmente aquello que, en dicha institución querida por Dios, es significado. Es una memoria que no es facultativa, ya que en ella Dios mismo compromete a su Pueblo y aquí Jesús inserta este compromiso en la dirección de su amor por ellos. Notemos, finalmente, como refiriéndose a las palabras de la Cena, Pablo y Lucas dan testimonio de una misma tradición (ligada a la Iglesia de Antioquia) que insiste en la temática de la “Nueva Alianza”, al cual ve en la Eucaristía la realización plena de la profecía (Jeremías 31,31-34) y de la esperanza de una nueva relación con Dios fundada sobre una ley que no obliga desde lo externo, sino que es “moción” que obra desde el fondo del corazón.

Evangelio: Juan 13,1-15

“Habiendo amado a los suyos... los amó hasta el extremo”

En el Antiguo Testamento encontramos en diversas oportunidades el género de las “acciones simbólicas proféticas”, es decir, gestos realizados bajo la acción del Espíritu, que no se limitan a su contenido inmediato sino que invitan a descubrir algo nuevo más allá, en un mensaje escondido en ellos.

El episodio del lavatorio de los pies es un “signo” que revela un misterio mucho más grande que lo que una primera lectura inmediata puede sugerir.

Notemos que en la última cena, el evangelista Juan no habla de la institución de la Eucaristía (que se encuentra ampliamente tratada en el discurso del “Pan de Vida” en Jn 6). Juan prefiere colocar aquí un gesto que indique el significado último de la Eucaristía, como acto de amor extremo de Jesús por los suyos, manifestación de un servicio pleno hacia los discípulos.

El sentido de este gesto ha recibido interpretaciones distintas. Algunos ven aquí una enseñanza sobre la humildad, es decir, una ilustración eficaz del mandamiento del amor fraterno a la manera de Jesús. Otros, por el contrario, leen el pasaje como una alusión al bautismo. Probablemente estos significados no están contrapuestos, no se excluyen, más bien se complementan. Para que no nos perdamos en un mar de significados, recordemos que el primer sentido del texto es el de un ejemplo de amor humilde: el amor que acepta morir para ser fecundo.

Analicemos en el texto de Juan algunos elementos fundamentales. Jesús ve la última cena como una “cena de despedida” de sus discípulos, sabiendo cuál es el destino que le aguarda. La insistencia en el hecho de que Jesús está plenamente consciente de su pasión no debe entenderse tanto como una prueba más de su divinidad, sino sobretodo como una manera de darle relieve a la libertad con la que Jesús afronta la muerte. Precisamente porque es libre, la muerte que le aguarda es realmente un don de amor por los suyos y por los hijos de Dios dispersos. Este amor protegerá a los discípulos de un mundo que quisiera poder arrancarlos de la comunión de vida con su Maestro. Y aunque ellos lo traicionen, Jesús reforzará los vínculos con ellos y les ofrecerá un perdón pleno. Por lo tanto, lavar los pies constituye una promesa de aquel perdón que el Crucificado le ofrecerá a los discípulos en la tarde del día de la resurrección (ver Jn 20,19ss).

El gesto de la última cena con el lavatorio de los pies manifiesta claramente que esta muerte es una muerte por amor. Juan utiliza aquí el verbo “agapáo”, que indica un amor que viene de Dios y que es, por lo tanto, un amor gratuito y total. La cruz de Jesús será la manifestación de este amor divino, afecto supremo que ama hasta las últimas consecuencias, hasta el extremo de sus recursos: “los amó hasta el extremo”.

En los vv.2-3 se delinea un grave contraste entre la traición de un discípulo (Judas) y el amor paradójico de Cristo por los suyos. Esta oposición subraya con mayor claridad que su amor es gratuito, que no está motivado por nuestros méritos (si somos o no dignos de él).

Notemos los movimientos de Jesús: para demostrar su amor, se levanta de la mesa, se quita el manto, se amarra una toalla alrededor de la cintura y toma en sus manos una palangana.

El gesto de quitarse los vestidos nos reenvía al gesto del Buen Pastor de la ovejas, quien se despoja de su propia vida para dársela a sus ovejas. De hecho, se puede notar que los verbos que se usan en el texto (“quitar” y “volver a ponerse” el manto, que enmarcan la escena principal) son los mismos verbos que se utilizan en el capítulo del Buen Pastor, cuando se dice que “ofrece su propia vida” y “la retoma” (ver Jn 10,18). El gesto del despojo del manto y del amarrarse la toalla son, por lo tanto, una evocación del misterio de la Pasión y de la Resurrección, que el lavatorio de los pies hace presente de manera simbólica. Jesús se comporta como un servidor (a la manera de un esclavo) de la mesa. La muerte de Jesús es un acto de servicio por la humanidad.

La reacción de Pedro no tarda. En el evangelio de Juan, Pedro representa al discípulo que tiene dificultad para entender la lógica de amor de su Maestro y para dejarse conducir con docilidad por la voluntad de su Señor. Pedro no puede aceptar la humildad de su Maestro, intolerable para él, al menos por dos razones. Ante todo el gesto de pasar lavándose los pies a los comensales es un acto de servicio que, según Pedro, no está a la altura de la dignidad de su Maestro. En la cultura antigua los pies representan el extremo de la impureza, por eso lavar los pies era una acción que solo podían realizar los esclavos. Pedro se escandaliza de lo que Jesús está haciendo y dicho escándalo pone en evidencia la distancia entre su modo de ver las cosas y el modo como Jesús las ve.

Jesús entonces le explica a Pedro que él ahora no puede comprender lo que está haciendo por él, pero en sus palabras le hace una promesa: ¡más tarde lo podrá entender! A la luz de la Pascua no se escandalizará más por todo lo que el Señor hizo por él y por los otros discípulos. Más bien, aquel gesto constituirá un comentario brillante al misterio de amor de la Pasión.

Los vv. 12 a 17 hacen una aplicación simbólica del lavatorio de los pies a la vida de los discípulos, para sugerir el estilo de la comunidad de los verdaderos discípulos. Precisamente aquél que es el “Señor” se ha hecho siervo por nosotros y por tanto la comunidad de los discípulos está llamada a continuar esta praxis de humillación en los servicios –a veces despreciables a los ojos del mundo- para dar vida en abundancia a los humillados de la tierra. Este estilo de vida estará marcado por la reciprocidad, irá siempre en doble dirección, ya que se trata de estar disponibles para hacerse siervos de los hermanos por amor, pero también para saber acoger con sencillez, gratitud y alegría los servicios que otros hacen por nosotros. Juan subraya que tal servicio será un “lavarse los pies unos a otros”; en otras palabras se tratará de aceptar los límites, los defectos, las ofensas del hermano y al mismo tiempo de reconocer los propios límites y las ofensas a los hermanos.

2. Pistas para programar la celebración

2.1. Poner de relieve los temas emergentes

Un buen comentario a las lecturas puede mostrar la riqueza de intuiciones y de provocaciones que nos encontramos hoy. Proponemos algunos “subrayados”, como ensayo de síntesis:

- La celebración cristiana como “memorial” de una donación

La vida de Jesús es “obediencia al Padre”: una vida, no de independencia ni de autosuficiencia, sino de escucha y de obediencia filial (“Mi alimento es hacer la voluntad del Padre”, Jn 4,34). Esta obediencia al Padre se vuelve entrega sencilla a los hermanos (“Habiendo amado a los suyos... los amó hasta el extremo”, Jn 13,1). Jesús representa concretamente el “existir por los otros”, a partir de su relación fundante con el Padre.

La muerte que Jesús sufre es consecuencia de esta vida: ni Jesús busca la Cruz, ni el Padre la desea como tal, sino que es el precio de la coherencia y de la fidelidad de una vida que se dona.

Todo este movimiento de autodonación se recoge en la expresión teológica de “sacrificio”, un término bien significativo. Sería un error gravísimo partir de un pre-concepto de sacrificio (sea del Antiguo Testamento o de alguna idea filosófica o de nuestro sentido común) para entender el “sacrificio de Jesús”. El punto de partida es el mismo “sacrificio” de Jesús que es autodonación, oblación, amor-ágape.

La Eucaristía, la Misa, es el memorial de la donación, o mejor, del sacrificarse de Jesús. “Memorial” (“Zikkaron”) es el evento celebrativo que actualiza el evento salvífico.

Participar en este memorial significa dejarse envolver y comprometer: en comunión con Cristo se acoge la lógica de la donación, del “sacrificio” como verdad y como vida.

- El paradigma del Cristiano

Hacer de Jesús el paradigma de la vida cristiana sólo puede hacerse a partir del lavatorio de los pies: ceñirse, como él hizo, con la toalla a la cintura, tal como lo hizo en la última cena para lavarle los pies a los discípulos.

“El evangelio, para la eucaristía solemne que Jesús celebró en la noche del Jueves Santo, no habla ni de casullas ni de amitos, ni de estolas ni de capas pluviales. Habla únicamente de este paño que el Maestro se ciñó a la cintura con un gesto exquisitamente sacerdotal” (T. Bello).

La Iglesia, como comunidad alternativa, red de relaciones fraternas sobre la base del evangelio, será siempre la Iglesia servidora, de la toalla ceñida a la cintura, y solo así será

creíble. La única puerta que introduce en la casa de la credibilidad –a veces perdida- es la puerta del servicio.

2.2. Algunas indicaciones celebrativas y pastorales

Para mucha gente la Eucaristía vespertina del Jueves Santo es muy sentida. De ahí que debamos ayudarle a las comunidades a vivir una sincera y conmovida participación.

Hay dos gestos que la comunidad está llamada a celebrar de manera participativa:

- el gesto del servicio (lavatorio de los pies)
- el gesto de la donación (la fracción del pan y el beber juntos la misma copa de vino)

El lavatorio de los pies

Hay que hacer lo posible para mantener este gesto. Nuestras liturgias necesitan signos, símbolos, ritos.

El gesto del lavatorio de los pies tiene una elocuencia única. Pero hay que evitar el teatralismo, la vanalización, para que no caiga en ridículo, en anacronismo, o se convierta en un factor de distracción.

Frente al gesto debemos motivar la participación de todos. Todos son invitados a “amarrarse la toalla del servicio”:

- Toda la comunidad, a veces acomodada, indiferente o perezosa frente a los compromisos de la parroquia.
- Los agentes de pastoral, siempre tan generosos, pero tentados continuamente por el espíritu mundano y algunos con dificultades para perseverar en sus compromisos.
- Los sacerdotes, cansados del activismo, confundidos por las mil y una solicitudes para el servicio, pero no siempre teniendo en vista el eje fundamental del servicio que es la contemplación continua de Jesús.

No es tanto el hecho de servir sino de hacerlo bien, en plena sintonía con Jesús, con el corazón puro y apasionado del crucificado.

El gesto del pan y del vino

La preparación de la mesa eucarística a la hora del ofertorio ayudará señalar el paso a la segunda parte de la celebración. La preparación del altar se puede hacer con solemnidad.

Es preferible que el pan y el vino sean visibles y para ellos los puede destacar una procesión de ofrendas.

Para el “Padre Nuestro” se puede destacar el tomarse de las manos por parte de aquellos que recibieron el lavatorio de los pies, como un signo de que todos somos hijos de Dios y hermanos entre nosotros, llamados al compartir y al servicio.

Si es posible, donde las razones pastorales lo aconsejan, comulgar bajo las dos especies.

No olvidar este día a los enfermos y a todas las personas menos pudientes de la comunidad. ¿Cómo traerlos y darles un lugar especial en la celebración? O si no pueden venir, ¿Cómo ir al encuentro de ellos?

Se puede hacer una colecta especial de donativos para ellos.

La exaltación de la Eucaristía (el llamado “monumento”)

El pan eucarístico, al final de la celebración, es llevado procesionalmente a un altar previamente preparado.

Se sugiere preparar una vigilia de oración ante el santísimo sacramento, involucrando los movimientos de la parroquia y los agentes de pastoral. Es mucho más profundo si poco a poco van pasando todas las familias a orar.

Lo importante es que sea un tiempo de recogimiento en la intimidad con Jesús junto con la Iglesia.

Es de mucha ayuda la lectura tranquila del “discurso de despedida de Jesús” en Juan 14 a 17. La escucha de la Palabra acompaña y suscita la oración hasta el corazón de la noche.

Igualmente, no se puede perder de vista la coyuntura histórica frente a la cual el amor eucarístico de Jesús hace contraluz: los sufrimientos y las pruebas de la condición humana, los dramas de tantos hermanos cercanos y lejanos, la humillaciones y los desafíos que el compromiso por la fraternidad y la justicia comportan.

2.3. Propuesta de moniciones litúrgicas

Ficha No.1: PARA EL PRESIDENTE

Ritos de introducción

Introducción: Revivir la Cena del Señor es muy conmovedor para nosotros porque es un vivo recuerdo de Jesús: de su amor fiel, de su trágico destino, de su resurrección gloriosa. El lavatorio de los pies es hoy para nosotros un testimonio del espíritu de servicio con el que Jesús vivió su intenso ministerio y la actitud con la cual ofreció su vida. Estamos invitados a apropiarnos de este espíritu de servicio imitando al único Maestro y Señor, arraigando nuestra vida en su amor inagotable.

Liturgia de la Palabra

Introducción a la oración de los fieles: Jesús se ha hecho nuestro siervo dando su vida en la Cruz. Esta es la más bella imagen del amor misericordioso del Padre. Con reconocimiento oramos diciendo: “Confirmanos en tu amor, Señor”.

Oración: Acoge Señor nuestra oración y renueva en nosotros la transparencia luminosa de tus dones. Por Cristo nuestro Señor.

Ficha No.2: PARA LOS ANIMADORES

Liturgia de la Palabra

Introducción a las lecturas: La cena pascual hebrea celebraba la liberación de la esclavitud de Egipto. También Jesús ha celebrado la cena pascual de su pueblo, manifestando su total disponibilidad a la voluntad del Padre e inaugurando el nuevo rito eucarístico. La Eucaristía es el memorial de la donación de Jesús, la entrega de toda una vida hasta la Cruz. Este misterio se renueva y se actualiza cada vez que nos reunimos en la celebración de la Santa Misa, como de hecho lo hacemos hoy.

Al lavatorio de los pies: El simple gesto del celebrante nos hace revivir la actitud de Jesús con sus apóstoles. Dejémonos aferrar por el amor de Cristo para que nazca de nuestro corazón una alabanza sincera. Sólo del reconocimiento del gran amor con el cual hemos sido amados podremos madurar nuevas actitudes de perdón y de servicio con todos los que nos rodean.

Intenciones para la oración de los fieles:

- Te agradecemos, Padre, por la fidelidad de tu amor que a través de los siglos ha preparado la venida de tu Hijo. Haz que lo reconozcamos cada día como Señor y Maestro.
- Te agradecemos, Padre, por el testimonio de entrega y servicio de Jesús. Que la jofaina de la última cena sea el símbolo que nos identifique, para que recordemos continuamente que el más grande es el que sirve.
- Te agradecemos, Padre, porque nos has llamado a la fe en la Iglesia, dándonos tus sacramentos. Ayúdanos a aumentar nuestra confianza en la comunidad cristiana y ser líderes que den testimonio de amor y de servicio donde nos necesites.
- Te agradecemos, Padre, por habernos regalado tantos hermanos, todos tan distintos, cada uno con un rostro y un corazón. Que las buenas relaciones con el prójimo sean nuestra primera preocupación de manera que te descubramos constantemente en el rostro de nuestros hermanos.

VIERNES SANTO

1. Pistas para interpretar los textos bíblicos

Primera lectura: Isaías 52,13-52,12

“En sus llagas hemos sido sanados”

Este pasaje bíblico nos presenta el último de los cuatro poemas de “Siervo de Yahveh”, en cuyo ministerio se lleva a cumplimiento la historia de la salvación, para beneficio de Israel y de las naciones.

En el texto notamos cómo se entrelazan tres voces: (1) la de Dios, que proclama el destino glorioso del siervo (Is 52,13-25.11c-12); (2) un coro en primera persona plural, que contempla estupefacto y no comprende (53,1-6); y (3) un solista que celebra y recuerda la experiencia del Siervo, y en particular su muerte y su glorificación (7,11b).

Más allá de cualquier referencia a un personaje histórico, el cual sigue sin precisar completamente, o a una interpretación mesiánica, es necesario que comprendamos ante todo la identidad teológica de este Siervo. Él resume en su persona el misterio de una elección divina que precede de su vocación (Is 42,1; 49,1.3). Esta vocación lo hace capaz de realizar la obra de Dios y de ser verdaderamente agradable a Dios. La paradoja está en el hecho de que esta obra consiste en una experiencia de dolor por causa de un ministerio aparentemente inútil (Is 49,4) y en una condena injusta que lo hace ver como castigado por Dios. Su muerte, sin embargo, es libremente asumida mediante su entrega personal, vivida con mansedumbre y en silencio (Is 53,7; ver Jr 11,9), en la cual se actúa el sentido profundo de su ministerio.

Dios se complace en la obra de su siervo. En otras palabras, la obra del Siervo es reconocida por Dios como digna de Él y por lo tanto llega a convertirse en una epifanía gloriosa del mismo Dios. Y ya que la misión dolorosa del Siervo se realiza según el plan de Dios, ella se convierte en fuente de salvación: “Por sus llagas hemos sido curados”. La muerte del siervo es una muerte “en expiación”, es decir, una muerte que cubre todo el pecado del hombre, ya que Dios ve solamente la obra de este siervo y no únicamente las culpas del hombre (v.10).

Gracias a esta misión del Siervo que se entrega a la muerte, se nos da a todos la posibilidad inaudita de poder recuperar una justa relación con Dios: “El justo, mi siervo, justificará a muchos”. De hecho, gracias a esta obediencia del Siervo, sostenido en la mansedumbre y en la silenciosa aceptación de su doloroso destino, también los pecadores pueden encontrar el camino de la vida nueva.

Segunda lectura: Hebreos 4,14.16; 5,7-9

“Cristo aprendió la obediencia y se convirtió en causa de salvación eterna para aquellos que le obedecen”

En este breve pasaje de la carta (¿“homilía”?) a los Hebreos se diseña el perfil de Jesús “Sumo Sacerdote”. A él se le agregan dos calificativos: “grande” y “misericordioso”, al lado del título de “Hijo de Dios”.

Jesús, el sacerdote por excelencia, es “grande” porque ha entrado definitivamente en el mundo de Dios, los “cielos”. También la vida de los cristianos está destinada a una vida celestial, esto es, ya que el Hijo de Dios se hizo nuestro hermano y compartió en todo la condición humana, también nosotros podemos llegar a participar de su heredad celeste.

Jesús también es “misericordioso” que encarna hasta tal punto nuestra vida –sin hacer diferente ni superior- que está en condiciones de compartir nuestra miseria.

Es por esto que Jesús es “tentado en todo como nosotros”, pero –no lo olvidemos- “en Él no hay pecado”. Es la fidelidad de Jesús al Padre, en la adhesión radical a Él en la prueba, que lo hace cercano a nosotros, “compasivo” en nuestras pruebas, viene en ayuda de nosotros, que también somos probados y tentados. De aquí se deriva la invitación para que nos aproximemos con plena confianza (en griego “parresía”, “valentía”) al “trono de Dios”, lugar donde se accede para tener perdón y ayuda.

La segunda parte de este pasaje nos presenta el “sumo sacerdote” Jesús, que ofrece a Dios “oraciones, súplicas, fuertes gritos, lágrimas”. Es evidente la referencia al Getsemaní y al fuerte “grito” en la crucifixión. El gesto de la ofrenda por parte de Jesús nos remite al gesto sacerdotal que todo sacerdote hacía.

Lo cierto es que Jesús, en esta condición de extrema solidaridad humana, realiza su mediación sacerdotal.

Por lo tanto el texto bíblico puede añadir: “hecho perfecto, se convirtió en causa de salvación eterna para aquellos que le obedecen”. Se trata de la plena realización del proyecto salvífico mediante la transformación de la humanidad de Jesús, que así se convierte en fuente de salvación definitiva para todos los creyentes.

Evangelio: Jn 18-19

Pasión según San Juan

El relato de la pasión en Juan se acerca mucho al de los Sinópticos, quizás porque los relatos de la Pasión dependen de un relato antiguo que sirve de fuente común a todos los Evangelios.

A pesar de las semejanzas hay algunas diferencias relevantes en el cuarto Evangelio, en las cuales se manifiesta toda la originalidad de mensaje de Juan. Estas diferencias crean un ambiente muy distinto del de los otros tres Evangelios y nos ayudan a captar la singularidad

del mensaje que el cuarto evangelista quiere comunicarnos. La diversidad se manifiesta sea en ausencias y omisiones intencionales, sea en algunas particularidades del relato que son exclusivas del Evangelio en cuestión.

Entre las ausencias vale destacar el hecho que Juan no habla de la oración en el Getsemaní, sino que –por el contrario- lo anticipa con ocasión de la petición que hacen los griegos, de ver a Jesús (Jn 12). Esta omisión no quiere decir que Juan ignore el Getsemaní, sino que manifiesta una intención peculiar: cortar todo los detalles dolorosos de la Pasión.

El valor de Jesús de la Pasión de Jesús, más que en su aspecto doloroso, está en el hecho que es fruto de un don, de una libertad total, del haberlo vivido con plena conciencia y conocimiento. Aquel que se entrega hasta la muerte le da a esta muerte una dignidad sin igual. Para ello Juan omite incluso un detalle histórico conocido, como es el del Cireneo que le ayuda a Jesús a llevar su cruz.

De hecho, según Juan, ninguno puede llevar verdaderamente aquella Cruz que es revelación del amor de Dios en el mundo, sino Jesús. Comprendemos así por qué Jesús le recuerda a Pedro que no le será posible seguirlo en el camino de la Cruz hasta que no se haya cumplido su Hora: “Donde yo voy, tú no puedes seguirme ahora, me seguirás más tarde” (Jn 13,36).

Otras omisiones significativas son los insultos que Jesús recibe en la Cruz y la presencia de las tinieblas de la hora sexta a la hora nona. Insistimos en lo que ya dijimos: Juan tiene una intención particular al relatar la Pasión.

Lo más significativo es destacar –más bien- algunos rasgos particulares del relato Juánico de la pasión:

1. En primer lugar, Juan insiste en todos los elementos que muestran cómo la Pasión de Jesús es un don de amor y no la consecuencia de su debilidad.

Juan quiere ilustrar la verdad de la parábola del “Buen Pastor”: “Por eso me ama el Padre, porque ofrezco mi vida, para retomarla de nuevo... ninguno me la quita, yo la doy voluntariamente” (Jn 10,17-18).

Este aspecto se puede percibir claramente, por ejemplo, en el relato del arresto de Jesús. Ante la majestad de Jesús, que Él manifiesta en sus gestos y en aquel soberano “YO SOY”, los que han venido a capturar a Jesús retroceden y caen en tierra. Ellos no podrían arrestar a Jesús si Él mismo no se entregara libremente.

La misma libertad se nota en la orden que Jesús le da a los que vienen a capturarlo, para que no le hagan daño a sus discípulos. Una vez más Jesús aparece como el pastor de las ovejas que da su vida por las ovejas.

Vemos la misma libertad de Jesús frente al Sanedrín reunido en la casa de Anás y delante del representante del más formidable poder humano de la época, el imperio de Roma.

2. Un segundo rasgo que el Cuarto Evangelio subraya es el de la realeza de Jesús.

El relato de la Pasión está estructurado de tal manera, que percibimos las etapas de una progresiva entronización en el trono. Se comienza con el reconocimiento del título (se ve en el diálogo con Anás y con Pilato); luego Jesús es coronado (la coronación de espinas); enseguida Pilato lo presenta al pueblo (“Ecce Homo; ecce rex vester”); entonces se anuncia su constitución como Rey a todas las naciones (la inscripción colocada sobre la Cruz, en las tres lenguas más importantes del momento: el latín –lengua de la política-, el griego –lengua de la cultura- y el hebreo –lengua de la religión judía-); finalmente Jesús es entronizado (la crucifixión) y es admirado en su realeza (en la contemplación de su costado atravesado por la lanza). Como epílogo, el Rey es colocado en su tálamo real (la sepultura).

La categoría de la realeza expresa siempre bien la idea de una mediación universal. Asumiendo lo humano hasta sus extremas consecuencias (muerte y sepultura) Jesús puede ser el mediador de todos los hombres y representar la realeza de Dios sobre el mundo.

Pensemos en el pasaje de la túnica de Jesús y en el vestido dividido en cuatro partes, lo cual indica simbólicamente el alcance universal de esta muerte (¡cuatro partes!) y su capacidad-eficacia de reunir un pueblo nuevo alrededor de su Cabeza. La realeza de Jesús es la realiza del mediador supremo entre Dios y los hombres.

3. En tercer lugar, y este es el aspecto más importante desde el punto de vista teológico, Juan presenta la muerte de Jesús como “revelación”.

Toda una serie de detalles narrativos están al servicio de esta intención:

- Pensemos en el hecho de que no hay tinieblas en este día y notemos en el texto que la última hora mencionada es precisamente el mediodía (Jn 19,14).
- El lugar de la sepultura es un jardín.
- Los perfumes para la sepultura nos remiten a los aromas nupciales.
- Del costado abierto de Jesús brota “sangre y agua”.

Este último detalle, que Juan explica remitiéndonos al misterioso pasaje de Zacarías 12,10, es clave para comprender el significado último de la Pasión según san Juan. Zacarías hablaba proféticamente de un misterioso dolor de Dios, quien se sentía herido por la muerte de un Rey-Pastor. Esta muerte es como un desgarramiento en el corazón de Dios, y de este desgarramiento brota la posibilidad de una reconciliación entre Dios y su pueblo.

Así Juan quiere decirnos que la muerte de Cristo es revelación del amor de Dios en el mundo. Esta muerte fundamenta la posibilidad de una vida nueva. El evangelista presenta la muerte a la luz de la resurrección y así el día de la muerte, que no pierde el rigor de su luto, se vuelve luminoso porque sobre la Cruz se proyecta la gloria de la Pascua.

En otras palabras, la resurrección de Jesús no aparece después como para concluir con un paréntesis un oscuro episodio, que se quisiera que quedara olvidado en el pasado, sino como la expresión suprema del amor de Dios, que para salvarnos ha asumido nuestra condición mortal hasta las últimas consecuencias. Así la Cruz se convierte en Gloria, es decir, exaltación.

El cuerpo herido de Jesús muerto y resucitado se convierte en Templo de la Nueva Alianza, de Él brota el río de la vida que es el Espíritu Santo.

Es por esto que Jesús no muere entre lamentos, sino con un grito triunfal: “Todo está cumplido” (Jn 19,30); así también la muerte coincide con el don del Espíritu Santo. De hecho, según el texto griego, más que un “expirar” de Jesús, se habla de una “entrega del Espíritu”.

Sin el acto de Jesús no es solo el morir de un hombre, sino revelación del amor de Dios en el mundo, esta muerte es ofrenda de vida para el hombre, es un soplo del Espíritu.

Lo que Jesús hará en la noche de la Pascua, en el encuentro con los discípulos, cuando reencienda en ellos la alegría comunicándoles el Espíritu, no es otra cosa que el fruto de esta muerte.

En fin, se necesitaría releer todo el Evangelio de Juan para captar todos los alcances del relato de la Pasión como cumplimiento de toda la obra de Jesús. Ya desde el prólogo notamos una alusión a la muerte de Jesús: “Y el Verbo se hizo Carne”, “y puso su tienda entre nosotros” (el plantar la tienda alude a una condición pasajera, de peregrinación, a un tener que partir de nuevo). También el primero de los signos realizados por Jesús tiende hacia esta Hora de Jesús (Jn 2,4).

La Hora de Jesús es su pasión y muerte, en cuanto es el momento de pasar de este mundo al Padre y de expresar hasta las últimas consecuencias que amó a lo suyos “hasta el extremo” (Jn 13,1).

2. Pistas para programar la celebración

2.1. Temas emergentes

La lectura del Antiguo Testamento (Isaías 52,13-53,12: cuarto cántico del Siervo de Yahveh), la del Nuevo Testamento (Hebreos 4,14.16; 5,7-9) y el relato de la Pasión según san Juan, nos dan muchas pistas para la reflexión sobre el sentido de la Cruz.

Retengamos de cada uno de estos pasajes dos ideas fundamentales:

1. Jesús es aquel que se entrega libremente, se ofrece y se dona. A través de las manos y de la decisión de quien lo entrega, quienes lo arrestan y condenan, es Él mismo quien se entrega: “un don de amor y consecuencia de su debilidad”. Lo anima una exigencia de fidelidad y de coherencia, para no traicionar su proyecto, para no ser infieles a la voluntad del Padre. Él interpreta y vive su misión que va inexorablemente encaminado hacia un fin trágico, sobre el trasfondo bíblico del Siervo Sufriente, haciendo una extrema opción de solidaridad y donación.

2.La pasión y la muerte de Jesús se convierten entonces en revelación: revelación del amor de Dios por el mundo. La Cruz es el vértice de la “Kénosis” y de la “Tapeinosis” de Dios. El Padre en su Hijo se entrega a la humanidad, ofrece perdón y reconciliación, abre un nuevo capítulo de la historia humana de la relación con Él.

2.2. Propuestas para las moniciones litúrgicas

Ficha No.1: PARA LOS ANIMADORES

Liturgia de la Palabra

Introducción a la celebración:

En esta hora, en la que Jesús, muriendo la Cruz selló con su sangre su fidelidad a la voluntad del Padre, no reunimos para orar juntos. La celebración que va a comenzar nos acompaña en el recogimiento para que contemplemos la lucha entre el pecado de los hombres y el amor misericordioso de Dios. La Pasión de Jesús, fruto de la injusticia y de la maldad humana, es al mismo tiempo el signo de la gran misericordia y del perdón de Dios. Renovemos en esta hora nuestro abandono total y dócil en las manos de Dios, de manera que se cumpla en nosotros su voluntad.

Introducción a la proclamación de la Palabra:

Ante el Crucificado emergen la conciencia de la gravedad de nuestros pecados y la grandeza del amor de Dios. La escucha de la Palabra lo que nos permite entrar de manera más profunda en este misterio. Que el Espíritu de Dios ilumine nuestra mente y abra nuestro corazón, de manera que brote fuerte la voz de nuestra gratitud con Dios unida al deseo de una profunda conversión.

Introducción a la oración universal

El Hijo de Dios ha muerto sobre la Cruz. Acogiendo la ofrenda que el Hijo de Dios hace de su propia vida, Dios Padre abraza con su infinita misericordia a la humanidad entera. De aquí nace la posibilidad de esperar una nueva vida, acogiendo el abrazo de perdón y de esperanza. Nuestra oración se hace universal: para confirmar nuestra confianza en el Reino que viene y para participar en los sufrimientos de todos los que hoy en el mundo continúan en sí mismos la Pasión de Cristo.

VIGILIA PASCUAL

1. Pistas para interpretar los textos bíblicos

La liturgia de la Palabra de esta Vigilia tiene un dinamismo bellísimo, siguiendo el ritmo de lectura / canto / oración.

A través de siete lecturas se ofrece una mirada general sobre los momentos sobresalientes de la historia de la salvación, hasta que se llega al Nuevo Testamento, con pasaje de Pablo a los Romanos y el anuncio de la resurrección según el relato de Marcos (que corresponde al ciclo B del año litúrgico).

Las lecturas bíblicas se van realizando dentro un arco teológico-espiritual sorprendente: entre la primera y la nueva creación en Jesús resucitado, el hombre nuevo que todos estamos llamados a ser. Dentro de este arco se nota una instrucción que prepara para la experiencia bautismal, ya que es en el bautismo que vivimos nuestra inserción en el misterio pascual de Cristo, en quien “nacemos de lo alto”.

A continuación ofrecemos algunas indicaciones para una relectura cristológica de los textos veterotestamentarios y sobre las dos lecturas del Nuevo Testamento, que escuchamos en esta Vigilia.

Primera lectura: Génesis 1,26-31

“Dios vio que todo lo había hecho era bueno”

El autor de este hermoso poema de la creación escribe para un pueblo que se encuentra en el exilio y está afligido por la tragedia de la deportación; este pueblo corre el riesgo de perder la esperanza en la bondad de Dios y en su acción creadora. Es por eso que se presenta la creación como una especie de liberación. Esto se nota en la insistencia en el número SIETE, que hace del “descanso-sábado” de Dios el culmen de la creación.

Dios crea el mundo con su palabra soberana, casi liberándolo del caos, separándolo de todo elemento negativo.

El poema insiste en el hecho de que toda obra creada es buena y que Dios se complace en la mayor de todas sus obras: el hombre (“Y vio que era muy bueno”).

En estas insistencias se quiere subrayar que la esperanza de la vida tiene su fundamento en la misma creación de Dios.

Esta acción creadora tiene su fuente en la “Palabra de Dios”. Es la misma Palabra que Israel ha conocido en su historia profética. Y esto crea un puente entre la creación y la historia de la salvación.

La relectura cristológica afirma el primado de Cristo en el orden de la primera creación y en el de la nueva creación, ya que Él es plenamente la “imagen de Dios” (Colosenses 1,18; Romanos 8,29; Jn 1,2-3) y conduce a la humanidad hacia el sábado eterno de Dios (Hebreos 4,11).

Segunda lectura: Génesis 22,1-18
“Y Abraham obedeció al Señor”

En la tradición rabínica se habla de cuatro noches fundamentales en la historia de la salvación: (1) la de la creación; (2) la del sacrificio de Abraham; (3) la de la salida de Egipto y (4) será la de la venida del Mesías.

Aquí leemos el relato de la noche de la fe de Abraham, cuando se le pide el sacrificio del hijo. La experiencia de Abraham es paradigmática: al fe es obediencia, camino en la noche, subida al monte, encuentro con Dios que abre un nuevo futuro.

Se requiere la fe y un amor que ponga a Dios por encima de todos los amores, aún los más entrañables. Aquí está la ejemplaridad de la fe de Abraham.

Para una relectura cristológica nos centramos en la experiencia de la fe como inicio de la nueva historia que se realiza en Jesús muerto y resucitado. El misterio pascual sólo puede ser acogido en una libertad obediente como la de Abraham. Este desafío lo viviremos dentro de poco en la liturgia bautismal cuando seamos interrogados por nuestra fe y la disponibilidad para la renuncia.

Tercera lectura: Éxodo 14,15-15,1
“El Pueblo pasó a pie descalzo en medio del mar”

Un texto que merece un estudio profundo, pero este no es el espacio.

La interpretación cristológico-mistagógica tiene como clave la riqueza del simbolismo del paso del mar, leído como una tipología del bautismo cristiano.

Los Padres de la Iglesia vieron en este texto un relato de “nacimiento”, tipo del nuevo nacimiento “en Cristo”.

Este nacimiento es una liberación de todas las fuerzas del mal, concretado en el pecado. Una victoria sobre Satanás y sobre la muerte. Aunque hoy seguimos viviendo el combate, tenemos la certeza de la victoria.

En esta celebración este texto es revivido en el lucernario: la procesión de la luz –con el cirio pascual que representa la nube-, enseguida el himno del “Exultet” pascual (y todas su referencias poéticas al relato del paso del mar, releído tipológicamente) y más adelante su inmersión en el agua que es bendecida para el bautismo.

Cuarta lectura: Isaías 54,5-14
“Tu redentor es el Señor”

El profeta Isaías quiere “consolar” demostrando, con una gran riqueza de imágenes cargadas expresiones afectivas, que Dios se ocupa de verdad de los suyos y que tiene la fuerza para sacarlos de las situaciones dolorosas en que se encuentran.

El Señor es un Dios que quiere y puede redimir a su pueblo, es la idea central.

La redención conduce al “matrimonio” con el Amado Dios. La Alianza es una relación íntima, amorosa y esponsal con el Dios que nos ha librado y que espera que lo escojamos desde nuestra nueva situación de hombre libres.

Véase la fuerza de la imagen en la que Dios “salva” a la viuda Israel, llevándola al matrimonio.

Quinta lectura: Isaías 55,1-11
Misterio y eficacia de la Palabra de Dios

En el epílogo de la segunda parte de la profecía de Isaías, el profeta recuerda que todas las palabras que ha pronunciado –en cuanto Palabras de Dios- serán eficaces y verdaderas ya que Dios mismo se comprometió a cumplirlas.

El verdadero problema está en el saber reconocer el estilo del actuar de Dios para darle cumplimiento a sus promesas. Como sucede en la promesa a David, Dios va mucho más allá de nuestras expectativas y amplía el horizonte estrecho en el cual los hombres muchas veces reducimos a Dios.

Es Dios quien proyecta y dirige la historia. Él sabe sacar bien de dentro del mal que padecemos por nuestras malas opciones. Así lo hizo en el exilio. Es como la lluvia que se esconde en la tierra y allí fecunda el suelo, permitiendo la germinación de nuevos frutos. Así es el obrar de Dios.

Dios es “cercano” y al mismo tiempo “lejano”. Es “cercano” porque nos da su Palabra de la vida, perdona y le ofrece al hombre tiempos especiales para el encuentro con Él. Es “lejano” porque su modo de conducir los proyectos siempre nos sorprende, no se deja aprisionar en la lógica y el cálculo humano.

El misterio pascual de Cristo, la lógica Pascual de Dios que desbarata todos los racionios humanos, es el paradigma.

Sexta lectura: Baruc 3,9-15.32-4,4

La fuente de la sabiduría

Llegamos ahora a una meditación sapiencial contenida en un libro quizás poco leído.

Se dice que el pueblo fue al exilio porque abandonó el camino de la sabiduría. El camino de retorno deberá ser un volver a la sabiduría.

No se trata de una sabiduría esotérica ni nada parecido, se trata de la sintonía con Dios a la hora de actuar, es decir, una comunión de voluntades. En otras palabras, vivir sabiamente es vivir a la manera de Dios.

Se anuncia que ha aparecido sobre la tierra esta sabiduría, como un don, y que ella ha vivido en medio de los hombres.

La patrística ha visto en esta sabiduría una alusión a Jesús y una invitación a la conversión. La “vida nueva” en Cristo resucitado es el logro de esta sabiduría.

Séptima lectura: Ezequiel 36,26-28

“Os rociaré con agua pura... os daré un corazón nuevo”

En este pasaje la revelación del Antiguo Testamento alcanza uno de sus vértices: la promesa de la “nueva alianza” (ver también Jeremías 31,31-34).

La nueva Alianza es obra (creación) de Dios en su pueblo pecador. Dios no interviene en la historia para humillar al hombre sino para purificarlo de sus pecados.

Dios mismo realiza un acto inesperado, para que se vea la santidad del “nombre del Señor”: la “nueva Alianza” que transforma el pueblo “desde dentro”, desde lo profundo del corazón, para superar así el pecado de manera radical. Es una pascua definitiva.

Epístola: Romanos 6,3-11

“Sepultados en su muerte para vivir con Él”

En esta catequesis bautismal, Pablo remite al rito de la inmersión en el agua para poner de relieve que el Bautismo nos une totalmente a la Cruz de Cristo, hasta el punto de poder decir que hemos sido crucificados y sepultados con Él.

Esta participación se extiende, no sólo a la muerte de Cristo, sino también su resurrección.

Por eso Pablo exhorta para que el bautismo no se vuelva un símbolo que se agota en sí mismo, sino que compromete la libertad del creyente que hace bautizar: debe llegar a ser lo

que verdaderamente es, es decir, vivir adherido a Cristo y hacer todos los aspectos de su vida una expresión visible de esta condición existencial de muerte al pecado (v.11).

Evangelio: Mc 16,1-7

“Dios ha resucitado al crucificado”

Con la proclamación del Evangelio la bellísima cadena de lecturas bíblicas llega su punto culminante: “Dios ha resucitado al crucificado”. Vale la pena que nos detengamos un poco más en esta lectura, la gran proclamación pascual.

En el texto no se describe la resurrección, sino que se narra cómo tres mujeres descubrieron el mensaje pascual.

El punto de partida es un fidelidad constante a Jesús, el “estar” con él siempre, desde el punto de vista humano. Estas mujeres fueron mencionadas anteriormente en Mc 15,40s y en 15,47: allí asistieron de lejos a la muerte de Jesús y lo acompañaron hasta su sepultura.

De estas mujeres no se reporta ninguna acción, simplemente se dice que “estaban” presentes y participaron en la muerte del Señor en calidad de “testigos”, con los ojos abiertos. Su presencia merece ser destacada ya que los otros discípulos huyeron a la hora del prendimiento, momento en que se vinieron abajo todas sus esperanzas (ver 14,50). En cambio estas mujeres no están allí por tal o cual esperanza mesiánica sino por su fidelidad personal.

Es la fidelidad a Jesús lo que lleva a estas mujeres, en la madrugada del primer día de la semana, a hacer lo que se puede hacer por un difunto: unirlo, para al menos, conservar, su cadáver.

Las mujeres esperan ver a un muerto, pero se encuentran con un cambio radical en la situación de Jesús. Con un gesto de amor, estas mujeres se prepararon para ver a Jesús, su corazón seguía abierto para Él. Quien no se abre a Jesús crucificado, no está preparado adecuadamente para ir al encuentro con el Resucitado.

En el camino hacia la tumba las mujeres experimentan varias sorpresas: nada sucede como lo esperaban. Su estupor crece progresivamente, y poco a poco, son conducidas a una experiencia completamente nueva:

- Van preocupadas por la piedra del sepulcro, pero la tumba ya está abierta.
- Quieren unir el cadáver de Jesús, pero el lugar está vacío.
- Esperan ver a Jesús muerto, pero encuentran un ángel.

En el mismo lugar donde se cerró el último capítulo del camino histórico de “Jesús de Nazareth”, las mujeres inician un nuevo camino con Jesús: “Buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado. Ha resucitado, no está aquí” (v.6). ¡Dios ha resucitado al crucificado!

En el mensaje pascual todo se orienta hacia la acción de Dios con relación al Crucificado: “Ha resucitado” significa: Dios lo ha resucitado. Jesús recorrió su camino hasta su muerte violenta y terrible en una cruz. Sobre esta cruz, Él no experimenta la enorme cercanía de Dios (ver 15,34). Pero la última palabra no es la muerte, sino el amor y el poder de Dios.

Para nosotros los hombres el sueño no es la muerte: podemos despertar a una persona que está durmiendo y devolverla a esta vida. Para Dios la muerte no es muerte: Él puede resucitar a los muertos y Él ha resucitado a Jesús crucificado. Nosotros los hombres despertamos a quien duerme para que siga viviendo su vida normal. Dios ha resucitado a Jesús muerto para que viva una vida sin fin en su presencia gloriosa. Ante la muerte termina todo poder humano. Por el contrario Dios, a través de la muerte, da la plenitud de vida en la comunión con Él. Por eso, el crucificado vive por el poder de Dios.

En la resurrección de Jesús, Dios pronuncia su última Palabra Creadora. Por eso, detrás de toda la obra y el camino de Jesús se va tejiendo la obra creadora de Dios (como bien ha querido mostrarlo el evangelio de Marcos). De ahí que el camino de Jesús no es simplemente de un proceso histórico que queda atrás con el pasar del tiempo, éste camino es “vinculante” para todo discípulo. En la resurrección Dios confirmó con su autoridad toda la obra de Jesús. En Jesús encontramos el poder vivificante y la autoridad de Dios.

Junto al mensaje pascual, las mujeres reciben una misión, su fidelidad es el puente que une al resucitado con sus discípulos. A Pedro, quien negó a Jesús, y a los discípulos que le abandonaron, ellas les deben recordar que el Maestro los precederá en Galilea, como lo había anunciado (ver 14,28).

El mensaje pascual es Buena Noticia para los discípulos en un doble sentido: (1) al mismo tiempo que descubren la intervención de poder y de amor del Padre en la vida de Jesús, comprenden que Jesús –ahora en la plenitud de su vida- continúa siendo su Maestro y Señor; (2) a estos discípulos que no consiguieron superar la prueba de la Pasión del Señor (por su infidelidad), se les hace saber que Jesús no busca a otros discípulos, sino que llama de nuevo a los mismos que lo acompañaron en toda su vida pública, se renueva la vocación.

La Pascua se caracteriza por la fidelidad.

- La fidelidad del Padre a su hijo, quien a su vez había sido fiel en la obediencia.
- La fidelidad de las mujeres que insisten en estar al lado de Jesús, así sea junto a la tumba.
- La fidelidad de Jesús a sus discípulos, a pesar de la infidelidad de ellos.

¡En la Pascua, la fidelidad celebra su triunfo!

2. Pistas para programar la celebración

2.1. Una meditación temática de las lecturas (una idea original de Orioldo Marson)

En la Vigilia Pascual hay dos riesgos pastorales notables:

- O leer de corrido las lecturas (que a veces se abrevian sin suficiente justificación) sin dejar percibir el rico valor “mistagógico” de las etapas fundamentales de la historia de la salvación que allí se presentan.
- O caer en exceso de comentario (9 homilías) que indigesta a la comunidad.

Para ayudar a la captación y “arraigo” en el abundante banquete de la Palabra en la Vigilia Pascual sugerimos de manera especial (cuando es posible):

- Ayudarnos de signos que permitan concentrar la atención de la comunidad en la proclamación de la Palabra, sin cansarse.
- Cantar siempre el estribillo del Salmo responsorial, después de cada lectura, que subraya lo esencial de la misma.

Se podrían preparar lo siguientes símbolos para la proclamación de las lecturas:

2.1.1. Primera lectura. Nos situamos en el JARDÍN.

Contra toda forma de pesimismo y de desorden se afirma que todo lo que Dios ha creado “es bueno” y responde a un proyecto bien pensado.

Se trata de una celebración festiva de la vida, llamada a liberarse en la “creatividad” dentro de la diversidad de lo creado. Puntualmente el Señor Dios inicia su obra cada día, dejando espacio para su fantasía amorosa.

A las creaturas humanas Dios les reserva una ternura particular: él imagina su rostro, como un artista él quiere diseñarnos a su imagen y semejanza. Y a estas creaturas les confía, como una tarea que hay que realizar, todo lo que ha salido de sus manos.

El hombre y la mujer son llamados así a ser “sacerdotes” del universo, comprometidos en cantar llenos de admiración y a asumir la responsabilidad de culminar con sus propias manos la obra comenzada por el Padre.

2.1.2. Segunda lectura. Nos situamos en la MONTAÑA.

El amigo de Dios, Abraham, es el protagonista de una aventura que lleva a que Dios mismo se admire de su fe. Creer es abandonarse sin discutir, confiar sin dudar, dejarse conducir incluso a lo largo de senderos humanamente imposibles.

Abraham comprende que Dios no quiere el sacrificio de su único hijo Isaac. Pero es llamado a dar una prueba de su abandono en Dios.

No solo Dios pide la respuesta de la fe, también pide la maduración de esta fe, y esto sólo es posible a través de cambios de mentalidad y de continua purificación interior.

2.1.3 Tercera lectura. Nos situamos a la orilla del MAR de los Juncos.

Somos espectadores de un acontecimiento singular: los débiles, los oprimidos y amenazados, logran huir y ven sucumbir sus enemigos más fuertes. Un hecho tan extraordinario no depende de la habilidad humana: es la mano del Señor, que acompaña hacia la libertad todos sus proyectos.

Pero hay un riesgo que hay que superar. Se pide de nuevo la fe en Aquel puede hacer cosas imposibles a nuestros ojos. Sólo así se vence el hábito de quedarnos siempre como víctimas y la prepotencia es humillada.

Esta es la página “clave” de la celebración pascual. También lo es para la pascua personal: el Señor continúa arrancando nuestra vida de todas las opresiones. Es por eso que esta lectura se vuelve enseñada música y canto.

2.1.4. Cuarta lectura: Nos situamos en el CUARTO NUPCIAL.

El profeta nos presenta una comparación audaz entre una mujer que se casa en la flor de su juventud, con el pueblo de Israel. El Señor está enamorado desde siempre y soporta la separación.

Hagamos también nosotros la experiencia de exilio, de soledad. Podemos también considerar que todo es un fracaso. Pero el Señor nos recupera a través de su corazón enamorado y nos devuelve la dignidad y el esplendor.

Más allá de cualquier fragilidad que tengamos, se puede decir que el amor de Dios “sostiene”, porque tiene en mente siempre nuestra recuperación. Dios es misericordia que sana y salva.

2.1.5. Quinta lectura: Nos situamos ante el LIBRO SAGRADO.

Frecuentemente nuestra vida se vuelve dispersa. Tenemos que responder a muchas cosas. La comunicación entonces se rompe, hasta el punto de no tener tiempo para dialogar profundamente e plantear interrogantes serios.

Dios conoce nuestras debilidades más profundas y nos invita a acoger su Palabra que sacia y, al mismo tiempo, hace sentir todavía más hambre. Su Palabra orienta nuestra vida y suscita en nosotros nuevos ideales, llevándonos a descubrir horizontes que no habíamos ni siquiera pensado.

¿Cómo podremos ser buenos discípulos si no le abrimos espacio a su Palabra? La Palabra nos es dada con toda su fuerza vital. Ella espera corazones ávidos, oídos atentos y mucha sinceridad.

2.1.6. Sexta lectura: Nos situamos ante los MANDAMIENTOS DE LA VIDA.

“Escucha, Israel, los mandatos de vida”. Muchos de nuestros errores de todos los días se deben a esta ignorancia. Muchos conocen el pensamiento del Señor, pero son ellos mismos los que se apartan de sus senderos de verdadera sabiduría.

Un sabio no es el hombre de cultura, ni el inteligente, sino aquel que sabe darle un significado justo a todo lo que le rodea. Es una persona verdaderamente rica por dentro. Se llega a ser sabio a través de la escucha que supone obediencia y fidelidad, continua dependencia de las enseñanzas del Señor.

El respeto por la vida y, en consecuencia, su defensa, su promoción, su desarrollo, no llegan por medio de imposiciones o leyes, sino como resultado de la transformación del corazón, gracias a la escucha fiel de la Palabra de Dios.

2.1.7. Séptima lectura: Nos ponemos a la escucha de nuestro CORAZÓN.

Este es el punto de llegada de nuestra reflexión pascual: el Señor Dios actúa con nosotros como un cirujano, nos arranca el corazón de Piedra de la indiferencia y nos da un corazón de carne, capaz de reconquistar el amor del Amado.

La operación realiza por el don del Espíritu Santo que hoy hace viva la Palabra escuchada, suscita en nosotros el arrepentimiento, da fuerza para el compromiso. La operación no es indolora: se trata de abandonar los ídolos, aquello sobre lo cual en cuya fascinación corremos el riesgo de perdersnos.

El corazón nuevo nos pone de nuevo en pie y nos capacita para responsabilidad en todo aquello que Dios nos ha hecho comprender. Es un corazón que se deja herir y es, por lo tanto, capaz de abrirse al compartir.

2.1.8. Octava lectura: Nos ponemos ante nuestro BAUTISMO.

Estamos invitados a redescubrir la dignidad de nuestro bautismo. Somos verdaderamente Hijos de Dios, sumergiéndonos en la muerte y en la resurrección de su Hijo.

Redescubramos el don que nos insertó en la familia de los salvados. Somos lo que somos gracias a la bondad del Señor.

El bautismo es pascua, paso del hombre viejo, encerrado en sí mismo, enclaustrado en sus temores, al hombre NUEVO, iluminado y liberado interiormente por Cristo, quien clavó en el leño de la Cruz todas nuestras deudas.

Vivimos este pasaje de manera especial en esta noche al renovar con decisión e inmensa alegría nuestro bautismo.

2.1.9. Evangelio: Nos situamos frente al SEPULCRO VACÍO.

Pasado el sábado entramos junto con las mujeres en el jardín donde fue sepultado el Señor Jesús, el “maldito” que colgó sobre una cruz. Este es el nuevo jardín del Edén donde la muerte definitivamente muere y la vida germina como el grano de trigo desde dentro de la tierra.

En este jardín escuchamos de nuevo la llamada del Amor que nos amó primero, que fue superior a nuestra infidelidad. Este es el amor que vence y que da vida plena.

El anuncio pascual nos invita a no quedarnos quietos sino a llevar el alegre anuncio del llamado que Jesús hace a todos para que renueven su vocación y lo vean en los caminos cotidianos de la historia.

2.2. Propuestas para las moniciones

Ficha No.1: PARA LOS ANIMADORES

Liturgia de la Palabra

Introducción a la celebración:

En esta noche santísima hacemos esta vigilia contemplando la luz del Señor resucitado: Él es la estrella que orienta nuestro camino. La celebración comienza con la bendición del fuego y vamos también a encender el fuego santo, símbolo del Resucitado. Después del anuncio pascual recorreremos la historia de las maravillas realizadas por Dios para nuestra salvación a partir de la creación hasta llegar a la nueva creación en Cristo Resucitado. La luz de la Palabra nos preparará para la liturgia bautismal, inmersión en la fe y don de la vida divina. Podremos así celebrar en la plenitud de la alegría nuestra experiencia pascual. La victoria del Señor Jesús sobre la muerte renueve en esta noche nuestra esperanza.

Introducción a la proclamación de la Palabra:

A la luz del Cirio Pascual abrimos el libros de las Santas Escrituras. Abrámonos al Señor que nos acompaña ahora en la relectura de la historia de la salvación, iluminados por su muerte y resurrección. Él camina y habla con nosotros, como lo hizo en la noche de la Pascua con los discípulos de Emáus, para convertir nuestros corazones de la resignación a la esperanza.

Introducción a la liturgia bautismal

Dios hace brotar del agua el maravilloso milagro de la vida. El agua bautismal, por la presencia del Espíritu Santo, le da un corazón nuevo a todo el que por la fe se abandona en el Señor. Ha llegado el momento de renovar, con las promesas bautismales, la adhesión a Cristo y a la comunidad cristiana.

Introducción a la liturgia eucarística

Viene ahora, rica de dones, la mesa para la Cena Eucarística. El pan y el vino, frutos de la tierra y del trabajo del hombre, por la acción del Espíritu Santo se convertirán en presencia viva del Señor Jesús. El Resucitado, viviente para siempre en el seno del Padre y en medio de nuestra comunidad, se ofrece como alimento para tengamos “vida en abundancia”.